

NÚRIA BEITIA HERNÁNDEZ

Grandeza. Sed de vida, hambre de amor

Cuando Remei Arnaus me comentó que se estaba preparando, para un monográfico de la revista Duoda, una serie de entrevistas que varias mujeres iban a hacer a sus madres, y que, si era mi deseo, yo podía participar en ese estudio, me emocioné. La posibilidad de "interrogarte", de saber más de ti (que en el fondo es saber más de mí) me alegró muchísimo. Tengo la excusa perfecta! —pensé—, no te podrás negar a decirme todo aquello que deseo saber de nuestro pasado porque es para hacer un "trabajo" (palabra sagrada en nuestra casa). Pero poco después me entristecí mucho, miré a Remei, agradecida pero derrotada, y le dije: mi madre no me dirá nada, no es que no quiera hacerlo pero no me dirá nada. Y en mi pensamiento rememoraba tu imagen cuando, en ocasiones anteriores en las cuales yo te había preguntado (a menudo interrogado), me habías contestado una de las siguientes cosas:

— ¡Yo no me acuerdo de eso!.

O bien:

— ¿Qué quieres que te explique yo, si no sé nada?

Le dije a Remei que, aunque me hubiese gustado mucho participar en la propuesta de la revista, no me era posible hacerlo, porque,

pensaba yo, ¿cómo se puede hacer una entrevista si no se obtienen respuestas?. Y entonces me di cuenta, entonces fui consciente de que sí obtenía respuestas de ti, sólo que éstas estaban hechas en otro lenguaje, en otro código, en una lengua más antigua que la propia palabra.

Y es que creo que, a menudo, me hallo en esa fase en la que hace poco (y a partir del nacimiento de Paula, tu primera nieta y mi sobrina), me explicas. Entre risas narras como, cuando yo era pequeña, me tenías que dar de comer con las dos manos: mientras que con una mano me dabas de comer, con la otra ya estabas llenando la cuchara en el plato porque si no lloraba y exigía, siempre insaciable, siempre queriendo más y al momento, sin poder esperar. Tú lo cuentas riendo, como si sólo fuera una anécdota, pero yo me doy cuenta que es la misma ansia que he sentido (y siento), es el mismo hambre de saber, de alimento y de ti. Porque como dice Rosana en su último trabajo:

... que es tan grande el querer que nos da de beber y seguimos sedientos.

Creo que es eso de lo que se ha tratado siempre, de percibir que tu presencia (y por lo tanto también tu ausencia) era tan grande para mí, como mi miedo a no saciarme, a quedarme con hambre, con sed. Porque en algún momento sentí que se me iba la vida si no me dabas, si no me mirabas, si no me alimentabas.

La impaciencia, el miedo a quedarme sin, el vacío terrible...

Eran sensaciones tan desestabilizadoras para mí que creo que por eso las cambié, las substituí por otra cosa, algo que yo podía (o creía poder) controlar: esta queja mía, constante y perpetua, de porqué hiciste (o no hiciste) tal o cual cosa, de lo que siento que me diste o que me dejaste de dar, de por qué estuviste o no estuviste en aquel momento, etc. Esa queja feroz, esa exigencia continua hacia ti es

también, ahora me doy cuenta, una forma de reconocer lo grande que para mí eras, lo omnipotente que resultabas, la autoridad y también el poder que sobre mí tenías. Son como las dos caras de una misma moneda: una forma de reconocer tu grandeza es la creencia de que siempre y en todo sería satisfecha, colmada... y lo es también todo lo contrario, es decir, el miedo de no seguir recibiendo.

Ese "nunca tener bastante" es una sensación terrible porque provoca dolor y sentimiento de falta. Aunque era eso solamente, una sensación, no una realidad. Lo malo es que se hacía una realidad en tanto en cuanto yo la sentía como tal, pero no porque yo no haya recibido tu amor y tu alimento sino porque lo que sentía es que nunca tendría bastante, nunca me saciaría. Además de esa queja constante, esa sensación de carencia generó en mí mucho resentimiento y también culpa, mucha culpa...

El infierno que todo eso suponía comenzó a calmarse cuando un día, en una sesión de terapia, la terapeuta que pidió que recordara un momento de mi vida en el cual yo hubiese sido muy feliz, y aquella escena me conmovió tanto y tanto que, de golpe, sentí todo el amor dado a lo largo de tantos años y que yo no había sabido entender porque había olvidado tu lenguaje de amor.

Te recuerdo aquel atardecer de otoño, a la salida del colegio, yo no tendría más de cinco años y tu me viniste a recoger con un bocadillo de tortilla de alcachofas. El bocadillo estaba tan bien envuelto que todavía quemaba y yo me recuerdo tan feliz, tan llena, tan estimada, tan nutrida!

No sé si antes de aquel día a mí me gustaba la tortilla de alcachofas, seguro que sí y por eso me la preparaste. Lo que sí sé es que es una de las comidas que más me gustan y es muy bello que aún hoy, me la prepares cuando sabes que iré a verte.

No sé cuando me alejé de esa forma tan femenina de hacer y de

transmitir la obra de civilización humana en la que las dos vivíamos: la cocina. De esa sabiduría que convierte, como por alquimia, unos elementos sin conexión aparente en algo capaz de sosegar el cuerpo y el alma.

No sé cuando empecé a considerar que ese hacer tuyo y de la “yaya”, tu madre, habían dejado de tener interés para mí e hice como Laura Esquivel nos cuenta en sus *Íntimas succulencias. Tratado filosófico de cocina*: Me alejé, me fui a conocer el gran mundo, el que de verdad importaba (!). Aprendí mucho y me sentí muy útil y también sentí lástima por todas las mujeres que, como tú, estaban en sus cocinas y creí que lo que ellas hacían allí no era tan importante.

Me pensé que si sabía, entonces “tendría” (títulos, formación, conocimientos). Sin darme cuenta que cuando de verdad sé es porque soy, no por lo que tengo. Que hay un saber de ser y que hay un intento de apresar, de tener. Pensando que cuanto más supiese más tendría sin darme cuenta de que con ese alejamiento de ti también me iba cada vez más lejos de mí misma.

Me sentía tan lista que me creía mejor. Pero seguía buscando, sin darme cuenta de que, en realidad, lo que hacía era huir de mí. Y me buscaba en otras, en otros. Intentaba espejarme. Corriendo, huyendo para no parecerme a ti, por encima de todo quería ser “diferente”, cuando lo que en realidad estaba buscando era a ti misma, a mi misma.

Y a pesar de mi rechazo, de mi crítica, de mi exigencia y de mi pasotismo, tú seguías dando. Seguías haciendo lo que querías hacer, y como lo querías hacer: alimentarme y hacerme feliz a través de la comida. Con esto me has enseñado lo que Lia Cigarini dice en la política del deseo: *Porque la fuerza femenina es capacidad de imponer la propia medida del mundo.*

Ahora quiero darte las gracias por todos aquellos alimentos: por los

que esperaba (ansiaba) recibir y también por todos los otros, incluso por los que me diste sin que yo te hubiera pedido. Todas aquellas veces en las que, después de haberme ido de casa, siempre que iba a verte, salía con algún paquete de comida: algo que habías o bien comprado o bien cocinado especialmente para mí. Me enfurecía salir con la "fiambarrera" llena, me enfurecía y, a la vez, me agradaba. Realmente eran los alimentos que más me gustaban: aquella fruta primera y tierna que sólo tenían las "pageses" del Mercado de la Boquería, mis aceitunas preferidas, las primeras granadas o boniatos. O unas habitas tiernas acabadas de freír, un poco de "tu caldo", fantástico y reconfortante elixir (Quizás por un recuerdo parecido Mark Victor Hansen y Jack Canfield hayan escrito *Sopa de pollo para el alma*)

Durante unos años sólo vi en ese hacer tuyo una negación a marcharme de casa, un decirme: ¡tú no sabrás cuidarte sola!. Sentía tu gesto como una intromisión, un no dejarme crecer. Ahora veo lo que en realidad es: es el *gratis y por amor* que siempre te había reclamado, exigido y que, en mi terquedad no había sido capaz de reconocer, de recibir.

Recuerdo la primera vez que oí la expresión *gratis y por amor*, fue hace un par de años en un Seminario de Duoda. Desde el primer momento me incomodó y a la vez me interesó. No quería hacerte ese reconocimiento y a la vez anhelaba poder hacerlo: sentía que honrarte era una necesidad que podía calmar algo interno, pero me "horrorizaba" reconocerlo. La contradicción era intensa, muy intensa. Ahora veo que todo el poder simbólico que había en esa negación hacia ti. Durante muchos años estuve intentando "resolver" la relación con mi madre, así en tercera persona. Elucubraba sobre los motivos, las causas de nuestra falta de entendimiento. "Filosofaba" sobre el tema a solas o en compañía, pero lo hacía desconectada de mí misma. Intentando controlar el recuerdo y también el sentimiento. Era un discurso lleno de palabras pero falto de sentido:

— Ah, la madre! Siempre pidiéndole (exigiéndole) y siempre dándole (o demostrándole), y siempre sintiendo y siempre creyendo que, por muchas cosas que hiciera por ella nunca le daría bastante, nunca le podría “devolver” lo suficiente.

Hasta que comprendí que el único camino posible era reconocer. Reconocer lo que me ha sido dado y, en lugar de intentar devolver (que es querer pagar), simplemente agradecer, es decir aceptar su regalo.¹

Pero dar las gracias es muy difícil para mí, supone romper con la creencia orgullosa de que no necesito que nadie me dé nada, de que todo lo hago yo, de que no le debo nada a nadie. Una máscara de omnipotencia que me hacía creer que me autobastaba sola, que no requería de vínculos.

Ha sido muy bello re-conocerte de nuevo en el lugar en donde te había perdido, del que nunca te fuiste, en tu deseo de demostrar amor a través del alimento, del cuidado, de la belleza.

Esa manera de amar que no tienes sólo conmigo, sino con todas y todos aquellos a quienes quieres, choca bastante con algo que, a menudo pasa en casa y es que cuando reconozco ese “regalo” tuyo, cuando digo, por ejemplo:

— ¡mamá que bueno está esto!

Sueles contestar algo muy curioso: está bueno o es que tenías mucha hambre!

Como si el reconocimiento, la gratitud no fueran al esfuerzo, al amor puesto en lo hecho sino a haber satisfecho una necesidad, la necesidad de comer. Intento darte el mérito a ti, a quien ha cocinado (ha cuidado) y tu me devuelves la expresión poniendo el énfasis en mí, en quien ha comido (ha sido cuidada), en quien tenía una necesidad

que le ha sido satisfecha. Es difícil aceptar eso para mí, me doy cuenta que en esa frase tuya no hay sólo falsa modestia, sino algo más, algo que no sé situar todavía pero que me sigue diciendo, en nuestro código común, que sigues estando ahí, incluso ahora que puedo alimentarme sola.

Y puesto que lo que he descubierto es que, muchas veces, de lo que se trata es, **ni más ni menos**, que de dar las gracias, no quiero acabar sin agradecer a las mujeres que han favorecido el hecho de que hoy pueda haber escrito este texto para hacerlo público, de que me haya "atrevido" a hacerlo. No quería que esos agradecimientos constaran sólo en las notas a pie de página, en pequeño. Quería que estuvieran aquí junto al texto, ocupando "su espacio". A lo largo de los últimos años, una de las cosas más importantes que he aprendido es el valor de "reconocer", de otorgar un espacio y de nombrar, de decir lo que las cosas son. Actualmente este hacer tiene tanto sentido para mí que no entiendo como ha podido permanecer invisible esa necesidad durante tanto tiempo, por eso aprovecho cualquier oportunidad para "predicar" con el ejemplo.

Escribir es ahora, para mí, un paso valiente, un paso lleno de coraje, que me ayuda a saber que ocupo un espacio en el mundo y me ayuda a dar sentido a mi experiencia de vivir.

Agradezco, por tanto, el don de la palabra. Agradezco a mi madre que, junto con la vida, me dio también la posibilidad de expresarme y de existir en el mundo. Ella me explica, también a partir del nacimiento de Paula, su primera nieta, que yo, con 13 meses, ya hablaba y que lo sabía hacer correctamente. Me cuenta que cuando había una palabra que no me salía, no la pronunciaba hasta que no sabía hacerlo a la perfección. Pienso en este orgullo mío y en este sentimiento, que ya he mencionado anteriormente, de no tener nunca bastante, de querer siempre más. Sentimiento que, a menudo me ha hecho sufrir y "enneurarme", pero que, también, me ha servido de motor para ir más allá, siempre un poco más allá ayudándome en el

descubrimiento de mí misma y en la posibilidad de ser cada día más humana.

Quiero agradecer también a otras mujeres que con su presencia, autoridad y sabiduría me han ayudado a seguir hablando, a seguir expresándome.

Como ya he dicho al principio, fue Remei Arnaus quién me sugirió que escribiera este texto. Quiero agradecer esa manera suya de hacer práctica educativa incluso con sus amigas: Cuando ante una confesión personal mía o una conversación entre-amigas, ella, entusiasmada, exclama:

- Núria que bo que és això que dius, ho has d'escriure, ho has de compartir, no t'ho pots quedar per a tu sola!

Y atreverme a decir que sí a escribir, incluso públicamente con el pudor que eso implica para mí, por gusto, por oportunidad/excusa de saber más de mi madre, y con ello de mí y porque es bonito que me lo proponga Remei, por como ella lo pide, con el deseo de que yo esté también ahí, no como una obligación, no con un "has de estar", es una buena oportunidad para ti. Me lo pide en forma de regalo para conmigo misma, de transmisión de autoridad. Me dice que puedo y a la vez me pregunta si deseo, si me apetece hacerlo. Me ha ayudado a redescubrir la potencia del deseo.

Le debo también a Maria-Milagros Rivera el "atreverme" a escribir. Por muchos de sus escritos y sugerencias, pero, sobre todo por uno de los temas de la asignatura Teoría Feminista que imparte en el Màster d'Estudis de les Dones de Duoda, un tema que se titula justamente *El miedo de las mujeres a escribir*. Ha sido tan revelador para mí dar sentido a ese miedo, a esa sensación de creer que no tenía nada importante que decir y descubrir que decir es, justamente, una forma muy especial y potente de ocupar espacio

Para acabar quiero agradecer a Àngels Grases, la "mestressa" de Pròleg, la Llibreria de les Dones de Barcelona. Descubrir Pròleg fue para mi descubrir un cofre lleno de tesoros, de riqueza, de saber. Leer a mujeres que contaban de su experiencia del mundo y del sentido que para ellas tenía me ayudó, me ayuda, a encontrar mi sitio también, me ayuda a darme cuenta de que lo que siento, lo que pienso y lo que digo tienen sentido. También me permite que, a la frase de mi madre:

— que quieres que yo te cuente, si no sé nada!,

le pueda dar la vuelta y situarla en el lugar que le corresponde, el lugar de la sabiduría femenina.

notas:

1. Núria Pérez de Lara me dejó temblando al decirnos en aquel seminario de Duoda: *La arrogancia de quien solo sabe dar...*